

Sistema de valores: evolución de los valores asiáticos en la era de la globalización

Kam Louie.

Profesor de estudios chinos y Director del Centro China-Corea en la Universidad Nacional de Australia

Una de las características más sorprendentes del concepto "valores asiáticos" es la falta de un "sistema". Por "valores asiáticos" nos solemos referir a las creencias y actitudes morales de los asiáticos. En estas dos palabras quedan homogeneizadas las ideas y las actitudes de religiones, estilos de vida y filosofías que, si bien son muy diferentes entre sí, se encuentran entre las más importantes y populares del mundo: hinduismo, islam, budismo, catolicismo, sintoísmo y confucianismo. Estas creencias se extienden desde India a Filipinas y algunos de los conflictos más amargos de la actualidad enfrentan a sus seguidores. Hay muy poco de "sistema" en el término "valores asiáticos", sobre todo porque Asia engloba un conglomerado tan amplio y diverso de culturas que, para sostener que existe una estructura "asiática" de creencias y valores coherente, habría que negar la realidad histórica geopolítica de la región.

De hecho, en la década de los noventa, cuando la polémica sobre los "valores asiáticos" entre académicos, periodistas y políticos era más intensa, gran parte del debate giró en torno a la definición del término.

Aparte de vagas generalizaciones como el respeto hacia los ancianos, la familia, el trabajo férreo y la autoridad, no había ningún aspecto concreto o específico que se aceptara universalmente como representativo de unos auténticos "valores asiáticos". A finales de la década, Francis

Fukuyama afirmó despectivamente que criticar el concepto de "valores asiáticos" era como "machacar en hierro frío", sentimiento del que se hicieron eco otros escritores influyentes. Pese a la lógica de su razonamiento, se adelantó demasiado al dar su opinión. La historia demostró después que aquel hierro no estaba tan frío. Por lo tanto, ya en 2002, es posible que Kim Sang-Jun falseara la situación cuando resumió el estado del debate en torno a los valores asiáticos como "casi desaparecido de la investigación académica; sólo resurge con escasa frecuencia en consignas incendiarias como las

del primer ministro de Malasia Mahathir". En realidad, el de Kim es el primero de una serie de artículos académicos publicados en el *Korea Journal*, que mantuvo abierto el debate sobre los "valores asiáticos" durante tres años, de 2000 a 2002. Muchos académicos siguen claramente tomándose este asunto muy en serio.

Si bien no creo en un "sistema" de valores asiáticos, sí creo que vale la pena seguir oponiéndose a quienes piensan que,

mientras no se descarte inequívocamente esta idea, tiene sentido seguir hablando de un sistema. Algunos dirigentes políticos de Asia tienen, por supuesto, buenas razones para emplear el concepto de "valores asiáticos" para hacer un llamamiento de

concentración a reducir el predominio de las ideologías occidentales (estadounidenses) en sus países. Evocar la idea de unos "valores asiáticos" también resulta útil para crear un sentido de la identidad, sobre todo en ex colonias deseosas de sacudirse las estructuras impuestas por sus antiguos dominadores europeos. Sin embargo, la conveniencia política no siempre es sincera o sensata. En un mundo que avanza hacia

la globalización y en el que muchos países ven el multiculturalismo con buenos ojos, es importante desmentir equívocos heredados de una visión orientalista de las culturas asiáticas. Y no cabe duda de que los "valores asiáticos" se heredan de la imaginación orientalista, a pesar incluso de que los nuevos con-

ceptos hayan sido imaginados principalmente por los propios asiáticos. Para defender mi tesis, empezaré con un breve repaso histórico de los orígenes del término.

Valores asiáticos y modernidad

Antes de que "valores asiáticos" se convirtiera en objeto habitual de panegíricos y censuras a mediados de los noventa, ya se habían propuesto varios conceptos similares.

"Asia engloba un conglomerado tan amplio y diverso de culturas que, para sostener que existe una estructura 'asiática' de creencias y valores coherente, habría que negar la realidad histórica geopolítica de la región"

"Algunos dirigentes políticos de Asia tienen, por supuesto, buenas razones para emplear el concepto de 'valores asiáticos' para hacer un llamamiento de concentración a reducir el predominio de las ideologías occidentales (...). Sin embargo, la conveniencia política no siempre es sincera o sensata"

Cultura y sociedad

En los siglos XVIII y XIX los europeos sintieron fascinación por "Oriente", región que se extendía desde el este de Egipto hasta tan lejos como Japón. En el siglo XIX, en la época de máximo apogeo del colonialismo europeo en Asia, las actitudes europeas cristalizaron en lo que se dio a conocer como Orientalismo. "Oriente" se describía por contraste con Europa: Occidente se veía como un agente activo; Oriente, como el agente pasivo, etcétera. Mientras que el Orientalismo como actitud social se asociaba más particularmente con Oriente Medio, la visión de Oriente como un lugar exótico, erótico y místico afectaba a todas las regiones de Asia. La expansión y el poder colonialistas se acentuaron tanto en la segunda mitad del siglo XIX que la admiración y el temor sentidos hacia Oriente dieron paso al odio y al desprecio. A principios del siglo XX se pusieron en boga las ideas del darwinismo social sobre el mérito relativo de las diferentes culturas. La teoría de que las culturas fuertes merecen dominar a las débiles porque están más "evolucionadas" gozó de tanta aceptación que, incluso en Asia, muchos se describían a sí mismos como "enfermos". Otros intentaron justificar su existencia cultural afirmando que "Oriente", aunque materialmente pobre, era espiritualmente más rico que "Occidente". Estas comparaciones entre Oriente y Occidente se pusieron muy de moda, y el poeta indio y premio Nobel Rabindranath Tagore pasó años predicando este mensaje tanto en China y Japón como en India. Asia se dibujaba como un todo homogéneo, con una cultura completamente diferente de las de Europa.

Los tiempos han cambiado, pero las motivaciones que subyacen al deseo de aplicar un sistema de pensamiento coherente y unas normas sociales a toda Asia persisten. El cambio de circunstancias hace simplemente que se empleen otros términos. Hacia la segunda mitad del siglo XX el concepto de "valores asiáticos" se convirtió en objeto central de estudio, desplazando lo "oriental" u "occidental". El primer libro que analizó los "valores asiáticos" se publicó en 1977 con el título *Asian Values & Modernization*. En el primer capítulo, que llevaba el mismo título que el libro, Ho Wing Meng acierta al desmentir la idea de que los asiáticos son más espirituales, tolerantes y amantes de la naturaleza, calificaciones que describe como meros estereotipos. Sin embargo, aunque aporta argumentos bastante pertinentes contra la creación de estereotipos sobre los asiáticos, Ho sostiene por otro lado que entre los asiáticos predominan defectos como

"La expansión y el poder colonialistas se acentuaron tanto en la segunda mitad del siglo XIX que la admiración y el temor sentidos hacia Oriente dieron paso al odio y al desprecio"

"Los valores asiáticos se identificaron desde muy al principio con los valores chinos (y los valores tradicionales), lo que en gran parte significaba (...) identificarlos con el confucianismo. La ironía quiso que, en la misma China, en los años sesenta y setenta, se denunciaran con vehemencia los valores tradicionales, sobre todo los confucianos"

la falta de planificación familiar, aversión al trabajo manual y rituales fastuosos pero innecesarios. Enumera estos "valores" porque los considera incompatibles con la modernización, objeto principal del libro.

Al principio el concepto de valores asiáticos se asoció a la modernización, lo cual no debe sorprendernos. Pese al deseo de los países asiáticos de modernizarse a principios del siglo XX, la mayoría estaban mucho más rezagados; la "civilización oriental" se equiparaba a menudo con el tradicionalismo y en la "civilización occidental" se veía un modelo de modernidad. Sin embargo, a mediados de siglo, algunas partes de Asia ya habían conseguido modernizarse. Entre principios de los sesenta y la década de los noventa, Hong Kong, Taiwan, Corea del Sur y Singapur se habían convertido en símbolos de prosperidad económica, hasta el punto de que se les conocía como "los cuatro tigres asiáticos". En tan sólo unas décadas, estas economías habían pasado del llamado Tercer Mundo al Primero. Todas habían sido colonias no hacía tanto (Hong Kong seguía siéndolo), y todas querían transmitir una imagen de riqueza y modernidad.

Muchos dirigentes e intelectuales de estas regiones se habían formado en occidente, y había un fuerte deseo de ser "modernos" sin convertirse al mismo tiempo en "falsos europeos". El mejor ejemplo de este deseo nos lo ofrece Lee Kuan Yew, el primer ministro de Singapur, de formación anglófila, quien desde los años sesenta intentó construir un Estado moderno cimentándolo sobre los valores indígenas. Lee (a quien más tarde siguió el primer ministro de Malasia Mahathir) se convirtió en el más férreo defensor de los valores asiáticos durante las últimas décadas del siglo XX. Lee ansiaba construir en Singapur un Estado moderno sin menospreciar las estructuras sociales existentes, por lo que dio gran importancia a encontrar la manera de hacerlo. El concepto de valores asiáticos, como estructura social y moral sobre la que se podrían levantar instituciones políticas modernas en Asia, resultaba sin duda muy atractivo, sobre todo en antiguas colonias británicas como Malasia y Singapur, tan heredadas de las estructuras políticas y sociales británicas.

La mayoría de los ensayos publicados en *Asian Values & Modernization* fueron escritos por personal de la Universidad de Singapur. Los temas reflejan, por lo tanto, las preocupa-

ciones de los singapurenses, la mayoría de raza china y hablantes de un dialecto chino. Además de abordar temas como el uso del idioma, la industrialización y la creatividad, todos ellos asociados a la modernización, el libro dedica un capítulo a los valores tradicionales chinos. Así pues, los valores asiáticos se identificaron desde muy al principio con los valores chinos (y los valores tradicionales), lo que en gran parte significaba, por supuesto, identificarlos con el confucianismo. La ironía quiso que, en la misma China, en los años sesenta y setenta, se denunciaran con vehemencia los valores tradicionales, sobre todo los confucianos; de hecho, surgieron varios movimientos políticos en toda la nación cuyo objetivo era barrer lo "antiguo". El mismo Confucio fue visto como un "revisionista" que había intentado reavivar una sociedad esclavista decadente. A pesar de todo, y aunque parecía que los chinos intentaban crear una nueva sociedad socialista y acabar con los valores tradicionales, a los intelectuales de China se les encomendó la tarea de descubrir cómo heredar la tradición china para que los valores tradicionales "buenos" pudieran seguir utilizándose en la nueva sociedad. La necesidad de garantizar una transición gradual hacia la nueva sociedad era, por lo tanto, compartida por los estados socialistas y capitalistas de Asia.

Derechos humanos

Los valores tradicionales o "valores asiáticos", cualquiera que sea su denominación, representaban en su conjunto una política conservadora que se centraba en la comunidad en vez de en la individualidad y en el status quo en vez de en el cambio. Durante los sesenta, las diferentes regiones de Asia reaccionaron a estos valores de maneras diferentes. En China, la Revolución Cultural se propuso invertir estas actitudes. En los países no comunistas del Sudeste y el Este Asiático, intelectuales y políticos pregonaron los valores tradicionales como lucha contra los males sociales asociados a la modernización, que en los medios de comunicación de mayor difusión se atribuían a la influencia norteamericana y europea. Esta postura conservadora resultó muy útil en los sesenta y los setenta porque, con la excepción de Hong Kong, muchos Gobiernos de la región habían sido tildados de represivos por algunos observadores occidentales. Para contrarrestar las acusaciones de su carácter autoritario o dictatorial, los dirigentes de estos países se acogían a argumentos que los dibujaran como demócratas benévolos, aunque con características "asiáticas".

Si los países asiáticos que abrazaron los valores asiáticos se hubieran quedado en economías mediocres, por mucho

que quisieran que se les viera como países democráticos no habrían conseguido que se oyeran sus voces. Sin embargo, como he mencionado anteriormente, algunos países del Sudeste y el Este Asiático se convirtieron en los setenta y los ochenta en economías pujantes, hasta el punto de que Japón llegó a disputar a Estados Unidos el puesto de primera potencia económica. Por otro lado, el desmoronamiento de la Unión Soviética en 1989 dejaba la supremacía de Estados Unidos como potencia política y militar fuera de duda. Pero a algunos el auge económico de Asia oriental les inquietaba. Mientras algunos dirigentes políticos asiáticos intentaban vender los "valores asiáticos" como la clave de su éxito económico, en occidente había a quien le preocupaba no sólo que este éxito pusiera en peligro el dominio occidental,

sino también que, en términos ideológicos, hubiera reavivado formas autocráticas de gobierno. Esta preocupación y el incidente de Tiananmén en 1989 desencadenaron una corriente crítica que acusó a los sistemas políticos asiáticos de autocráticos y de ocultar violaciones de derechos humanos. En aquella época antiguas colonias europeas como Singapur y Malasia empezaban a ganar seguridad en sí mismas y a desarrollar un sentido de la identidad, por lo que no era el mejor momento para que aceptaran de buen grado críticas de otros países.

En 1993 varios dirigentes asiáticos se reunieron en Bangkok para hablar de derechos humanos. El documento resultante de la conferencia, la "Declaración de Bangkok sobre Derechos Humanos", ratificaba la universalidad de los derechos humanos. Sin embargo, también insistía en la necesidad de reconocer la particularidad y la diversidad cultural e histórica de cada país. Atribuir los derechos individuales a factores sociales suponía dar a los derechos humanos carácter relativo en vez de absoluto, lo que abrió un gran debate sobre qué factores sociales se aplicaban en el caso de Asia. A lo largo de los años noventa se escribieron numerosos artículos bien documentados y ponderados que culminaron con la publicación de libros como *Human Rights and Asian Values* y *The East Asian Challenge for Human Rights*. En esencia, lo que se dijo no distaba mucho de lo que se había defendido hasta entonces, a saber, que valores como el comunitarismo eran importantes para la formación de la identidad nacional, pero que no eran propios de ninguna cultura concreta, y que la universalidad de los derechos humanos es incuestionable. Sin embargo, otros intentaron encontrar los derechos humanos en culturas indígenas asiáticas, en particular en el caso de China.

Algunos sinólogos como William Theodore De Bary, por ejemplo, intentaron demostrar que los valores asiáticos y el

" Si los países asiáticos que abrazaron los valores asiáticos se hubieran quedado en economías mediocres, por mucho que quisieran que se les viera como países democráticos no habrían conseguido que se oyeran sus voces "

Cultura y sociedad

confucianismo tenían los ingredientes necesarios para respetar los derechos humanos. Como sostuvo De Bary en un discurso pronunciado ante la cúpula política china en 1994, Confucio y sus seguidores, como Mencio, expresaron su gran preocupación por los problemas de su tiempo. De Bary propuso que se celebraran simposios para abordar cuestiones como los derechos humanos y analizar su percepción en las culturas china y occidental. Al reivindicar que el comunitarismo del confucianismo era compatible con los derechos humanos, incluso con los derechos humanos de los Estados Unidos contemporáneos, De Bary intentó presentar al público occidental una imagen moderna del confucianismo. Tal y como había propuesto, se celebraron simposios sobre confucianismo y derechos humanos, promovidos y dirigidos por el mismo De Bary. El sinólogo pronunció también una serie de conferencias que después se recogerían en el libro *Asian Values and Human Rights: A Confucian Communitarian Perspective*. Como vimos con las reinterpretaciones que de Confucio se hicieron en China, el confucianismo y los valores asiáticos son, por tanto, tan vagos que cualquier perspectiva podría incorporar sus ideas y reivindicarlas como propias.

Confucianismo y comunismo

Con independencia de lo que tuvo que ver De Bary en ello, el confucianismo tendió a centrar el debate de los valores asiáticos a finales de los noventa. Era casi inevitable, ya que los países asiáticos que habían prosperado económicamente, como China, Japón y Corea del Sur, tenían sociedades en su mayoría confucianas. Además es lógico que se mirara hacia el confucianismo, pues se veía como la base o el núcleo sobre el que se podrían fundar los valores asiáticos. Parece presuponerse que los valores confucianos contienen elementos esenciales inmutables y que, aunque las sociedades y el mundo cambien, los valores confucianos básicos permanecen inalterados. Por lo tanto, cuando políticos como Han Sung-Joo, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Corea del Sur, y periodistas como Greg Sheridan, afincado en Australia, defienden la existencia y la vigencia de los valores asiáticos, reivindican que, pese a la diversidad cultural de Asia, en estas culturas hay elementos básicos que encarnan los valores asiáticos. Estos elementos básicos tienden a ser de origen confuciano.

Hay otras razones más inmediatas y convincentes que explican la importancia que se ha dado a los valores confucianos, o chinos, como base de los valores asiáticos. A mediados de los noventa, algunas partes del Sudeste y el Este Asiático

sufrieron un revés económico que muchos percibieron como una crisis financiera asiática. La única potencia cuya economía siguió prosperando fue la República Popular de China (RPCh). En parte gracias a las reformas emprendidas por Deng Xiaoping a principios de los ochenta, la RPCh mantuvo sistemáticamente una de las tasas de crecimiento más altas del mundo (si no la más alta) durante 25 años, una media de crecimiento económico anual de casi el 20%, y aún hoy sigue sin dar señal de que vaya a disminuir el ritmo. Dado que la civilización china se fundamentaba en el confucianismo y que tras la Revolución Cultural los dirigentes

“ A diferencia de sus vecinos más pequeños, antiguas colonias a quienes interesaba utilizar el concepto más amplio de valores “ asiáticos” para construir una identidad nacional, a China le bastaba con reavivar sus propias tradiciones”

chinos animaron a los intelectuales a promover los valores confucianos, es comprensible que se ensalzaran estos valores por considerar que habían contribuido al progreso económico.

En consecuencia, en Asia, y en particular en China, creció el interés por cómo ayudaban los valores confucianos a crear una sociedad próspera. Aparecieron rápidamente varios artículos, uno detrás de otro, que sostenían que el confucianismo había sido esencial para la modernización de países industrializados de Asia oriental como Japón y Corea del Sur. No obstante, en general, los chinos no empleaban el término “valores asiáticos” en este contexto. A diferencia de sus vecinos más pequeños, antiguas colonias a quienes interesaba utilizar el concepto más amplio de valores “asiáticos” para construir una identidad nacional, a China le bastaba con reavivar sus propias tradiciones. Llevaba haciéndolo todo el siglo XX, pese a movimientos nacionales como el 4 de Mayo en las dos primeras décadas del siglo y la Revolución Cultural de los años sesenta y setenta. El confucianismo volvía para vengarse.

Quizá es comprensible que países emergentes como Singapur vieran necesario promover los valores asiáticos para contrarrestar la influencia, maligna según su punto de vista, de los valores occidentales. La necesidad de reafirmar la identidad propia frente a los abrumadores efectos del poder norteamericano también es perfectamente legítima. Sin embargo, cuando se fundó la República Popular de China en 1949 el problema al que se enfrentaban los dirigentes chinos era otro. Estaban impacientes por construir una sociedad comunista y deseosos de eliminar cualquier cosa que les pareciera un vestigio feudal. La cultura y el pensamiento autóctonos se sustituyeron por una ideología extranjera, el marxismo. Muchos intelectuales estuvieron de acuerdo y contribuyeron a ello con su trabajo.

Sin embargo, tal y como expliqué en *Inheriting Tradition*, tanto los dirigentes políticos como los académicos también

pusieron especial ahínco en buscar una fórmula que permitiera utilizar la cultura tradicional china en la nueva China. El comentario de Mao Zedong de que China debería heredar lo mejor de su tradición, desde Confucio a Sun Yat-sen, fue repetido *ad nauseam* por los interesados en preservar estas ideas tradicionales. El más persuasivo fue el filósofo neoconfuciano Feng Youlan, de la Universidad de Beijing, uno de los pensadores más influyentes de China incluso antes de 1949. Feng concibió el “método de la herencia abstracta”, cuyo objetivo era garantizar la continuidad de los elementos esenciales del confucianismo en China. En general, Feng Youlan sostenía que en el pensamiento tradicional regían varios principios generales (“principios abstractos”) que podrían convenir a una sociedad socialista. Aunque esos principios y conceptos generales se remontaran a la época feudal, en esencia se aplicaban a la nueva estructura socialista. El método de la “herencia abstracta” recuerda a algunos de los argumentos defendidos unos años antes por quienes veían en los valores asiáticos ingredientes universales.

Valores asiáticos y creación de riqueza

Puede que la utilización de unos principios éticos o pedagógicos generales heredados de la China tradicional en una sociedad socialista no suene tan descabellada. Sin embargo, en los años ochenta y noventa, cuando en China primaba la creación de riqueza, fue necesario revisar los valores confucianos. Puesto que el confucianismo se había aceptado durante siglos como una filosofía hostil al comercio y las cuestiones monetarias –el desdén de la clase académica china hacia el comercio viene de antiguo y está muy bien documentado–, parecía inconcebible que se pudiera pintar a Confucio como un filósofo que enseñó al pueblo a hacer dinero. La tendencia a mostrar a Confucio como a un visionario de los negocios obedeció al cambio de las prioridades en China. La China de Deng Xiaoping, al creerse el país del mundo que mejor había sabido llevar una revolución, quiso enseguida poner su economía a la altura de la de los países occidentales. En 1984, al fundarse la Asociación Confuciana Internacional en Beijing, se nombró director honorario a Lee Kuan Yew, el férreo defensor de los valores asiáticos. Su elección fue una clara señal de que el confucianismo se consideraba un ingrediente importante para construir una sociedad moderna y próspera. Desde entonces se han celebrado numerosas conferencias internacionales para conmemorar a Confucio, en las que la mayoría de participantes extranjeros proceden del Sudeste y el Este Asiático.

“La tendencia a mostrar a Confucio como a un visionario de los negocios obedeció al cambio de las prioridades en China (...) De sabio consejero de monarcas y jefes de Estado (...) Confucio había pasado a ser recordado como un asesor empresarial”

El crecimiento económico experimentado por la región del Pacífico Asiático durante la mayor parte de los años ochenta y noventa aumentó el interés por buscar “valores asiáticos”, y el confucianismo formaría parte de los mismos. En poco espacio de tiempo se publicaron varios artículos que sostenían que el confucianismo había sido esencial para la modernización de países industrializados de Asia Oriental como Japón y Corea del Sur. Los académicos que durante muchos años habían reivindicado la “herencia” del confucianismo no tardaron en aprovechar, comprensiblemente, el auge económico de Asia Oriental. En los noventa no se escatimaron esfuerzos en difundir el mensaje. De sabio consejero de monarcas y jefes de Estado de cualquier lugar, Confucio había pasado a ser recordado como un asesor empresarial en cuyas enseñanzas se inspiraban las buenas prácticas comerciales. Fue elevado al grado de referente moral, porque se suponía que su moral incentivaba la producción y los beneficios.

El renovado interés que Confucio despertó en China halló eco fuera de China a la hora de buscar una explicación al milagro de la economía asiática. Algunos académicos confucianos también habían intentado reinterpretar el confucianismo vinculando la educación confuciana con la prosperidad económica de Asia Oriental. Mientras los académicos chinos intentaban reinterpretar la ética confuciana equiparándola a un sistema protector que permitiría promover unas condiciones laborales más humanas, los dirigentes políticos y los académicos de fuera de China intentaban directamente atribuir a los valores confucianos un “papel dinámico” como favorecedores del crecimiento económico. Muchos defendían que las redes familiares y las relaciones humanas paternalistas y comunitaristas de China habían contribuido al éxito económico de Asia en la segunda mitad del siglo XX. Estas posturas fueron defendidas con especial contundencia por Lee Kuan Yew y Mahathir, cuyas ideas se han considerado cada vez más representativas de los “valores asiáticos”.

El confucianismo y otras formas de pensamiento socialmente conservador no se han revitalizado sólo en China y el Sudeste Asiático; en algunas regiones occidentales, como Norteamérica, se han fundado asociaciones como la Sociedad de Investigación para la Regeneración y la Cultura de Canadá, que cada trimestre publica *Cultural China* (*Wenhua Zhongguo*), cuyo objetivo es reavivar la cultura tradicional china en el nuevo orden mundial. Estas asociaciones aspiran a que el mundo vea la cultura tradicional china como algo deseable y compatible con la modernidad. En su opinión, la ética tradicional china podría contrarrestar la avaricia

Cultura y sociedad

materialista y la superficialidad de la cultura moderna. En este sentido, los nuevos confucianos sostienen las mismas tesis defendidas actualmente por los escritores chinos conservadores de la China continental. De sus sentimientos se hacen eco también los defensores de los valores asiáticos.

Una de las muestras más interesantes de la difusión del pensamiento tradicional chino en occidente son las propuestas realizadas por Tu Wei-ming, profesor de la Universidad de Harvard. La aportación de Tu Wei-ming al estudio de los valores chinos marcó un punto de inflexión en la expansión del nuevo confucianismo fuera de China. Tu escribió un influyente artículo en el que afirmaba que hoy es más fácil encontrar la esencia de la cultura china fuera de China que dentro. El título de su tesis, "*Cultural China: The Periphery as the Center*" ("La China cultural: la periferia como centro"), ilustra con concisión su contenido. Aunque no todo el mundo la compartiera, la idea de Tu de que la auténtica cul-

tura china reside fuera de China tuvo muchos adeptos y muchos de sus discursos y reflexiones se publicaron en China. Se dijo que los chinos que residían en el extranjero a finales de los ochenta desempeñaron un papel crucial en el auge de la economía asiática, con una ética empresarial que parecía hacer hincapié en los contactos (*guanxi*), la cohesión familiar y el comunitarismo. Estas cualidades se consideraron especialmente confucianas, por lo que la prosperidad económica del Sudeste Asiático provocó una revitalización del confucianismo.

Uno de los aspectos más reveladores del debate sobre los valores asiáticos es precisamente que, en el momento en que Asia vivía su "milagro económico", los valores asiáticos se utilizaran para explicar el éxito económico, y que, cuando la "crisis financiera asiática" de 1997 golpeó a varios países asiáticos, se utilizaran también para explicar el fracaso. Del comunitarismo al autoritarismo, del cuidado familiar y la piedad filial al nepotismo y el amiguismo; son los mismos valores con diferente etiqueta. Tras la crisis financiera (y para algunos países, como China, no había crisis), cuando las economías asiáticas empezaron a remontar, los valores asiáticos volvieron a despuntar. Hay, por supuesto, quien reivindica que los asiáticos son trabajadores, economizadores, tienen un gran sentido de la comunidad, etcétera, pero es evidente que estos valores no son exclusivos de los asiáticos. En los albores del siglo XXI, sigue abundándose en el debate de los "valores asiáticos", pero se han convertido en un concepto más sutil; se ven más como un "encuentro con la diversidad" en vez de como valores generalizados que se aplican a toda Asia. Pasamos de Oriente a Asia, alejándonos de antiguas categorías simplistas que englobaban a todo el continente y acer-

cándonos a una visión más progresista de Asia, en la que se acepta la existencia de valores muy diversos que no pueden describirse simplemente como "asiáticos".

¿Choque de civilizaciones?

Cuando digo que el confucianismo y los valores asiáticos podían significar cualquier cosa y ser utilizados por cualquiera, no niego, evidentemente, su utilidad en determinados contextos políticos. Considerar que el auge de los valores asiáticos es un eficaz contrapunto contra los pronunciamientos unilaterales de Washington tiene muchas ventajas. Desde Occidente nos obliga a ver los valores asiáticos como un instrumento de liberación, para que en Occidente nadie se crea en posesión de la verdad y considere que del "choque de civilizaciones" se derivarán necesariamente valores buenos y malos. Sin embargo, desde Asia, se entiende que

" Hay, por supuesto, quien reivindica que los asiáticos son trabajadores, economizadores, tienen un gran sentido de la comunidad, etcétera, pero es evidente que estos valores no son exclusivos de los asiáticos "

la definición de sus "valores" y de sus sistemas de pensamiento puede actuar como fuerza unilateral, negando otros valores por considerarlos inválidos. Y el hecho de que el "choque de civilizaciones" de Huntington apareciera en 1993, el mismo año en

que se redactó la Declaración de Bangkok sobre Derechos Humanos, no es casual. El término propuesto en un de Samuel P. Huntington, profesor de ciencia política en la Universidad de Harvard, desató una enorme polémica al salir publicado.

Huntington sostiene la hipótesis de que, tras la Guerra Fría, los conflictos han pasado a tener raíces básicamente culturales en vez de ideológicas o económicas. Defiende la existencia de una división cultural que podría tener consecuencias devastadoras y que enfrenta a "Occidente con el Resto"; un mundo bidimensional en el que los conceptos occidentales de individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, soberanía de la ley, democracia, libre mercado y separación de la Iglesia y el Estado, apenas hallarían resonancia en las culturas islámica, confuciana, japonesa, hindú, budista u ortodoxa. Este supuesto choque fomenta la división y la creación de estereotipos. Según la lista elaborada por Huntington, las culturas que supuestamente amenazan a la cultura occidental se encuentran localizadas en Asia. No sorprende que la mayoría de críticas vertidas contra la tesis de Huntington procedieran de Asia, donde muchos de sus detractores la criticaron por simplista y advirtieron que debía abordarse con muchas reservas.

En muchos sentidos, la tesis de Huntington deja claro que, si bien conviene que la ciencia política se tome en serio la

“cultura”, percibirla como un elemento vital que amenaza la seguridad mundial, en vez de como un sistema que necesita comprenderse para promover la paz, incita al conflicto en vez de promover la armonía. El debate sobre los “valores asiáticos” forma parte del mismo miedo a la supremacía cultural y al dominio político. Aunque algunos dirigentes políticos de Asia vean con buenos ojos la utilización de los valores asiáticos como contrapunto para luchar contra la influencia occidental (ellos entienden, estadounidense), esta estrategia tiene sus peligros, por algunas de las razones antes expuestas. Es evidente que, pese a la hipótesis de Huntington de que las actuales relaciones entre países y regiones del mundo se rigen básicamente por conflictos culturales y no económicos, los debates en torno a los valores asiáticos surgieron principalmente por motivos económicos y políticos. De no haber prosperado económicamente Singapur, Malasia y otras regiones como Hong Kong y Corea del Sur, los valores asiáticos no habrían recibido atención internacional.

En la enumeración de culturas asiáticas elaborada por Huntington y reproducida más arriba, es interesante advertir que la única referencia a la cultura de un país concreto es la “japonesa”. Las demás referencias como “confucianismo” e “islam”, aluden a sistemas culturales más generales. Japón se ha desmarcado durante mucho tiempo de los demás países asiáticos, calificándose de diferente. Aunque defendió una cultura pan-asiática a principios del siglo XX, su verdadero objetivo era imponer una civilización japonizada en toda Asia. No necesitaba defender la existencia de unos valores asiáticos. Algo similar ocurre en la China actual, tan desarrollada y consolidada como potencia económica y cultural que no necesita recurrir a expresiones como “valores asiáticos” para promover una identidad propia que le permita competir con las normas de Occidente. Muchos consideran que el confucianismo recoge la esencia de los valores asiáticos; sin embargo, el cambio de percepción del confucianismo dentro y fuera China hace que tampoco sirva de mucho para determinar en qué consisten esos valores. El cambio es la norma.

El concepto de “valores asiáticos”, sea empleado por los asiáticos o por los occidentales, se remonta claramente a los tiempos del Orientalismo. En él está implícito el des-

afortunado sentimiento de que existen “Occidente y el Resto”. No cabe duda de que para muchos asiáticos, sobre todo para las generaciones más jóvenes, las culturas con las que están más familiarizadas son la propia de su país y la norteamericana. Seguramente, muchos conocerán mejor los valores propugnados en Hollywood que los valores apreciados en sus países vecinos de Asia. El desconocimiento que la mayoría de asiáticos muestra de otros países comparado con su conocimiento de la cultura norteamericana hace que sea más fácil contrastar lo occidental y lo asiático. En la propia Asia muchos se negarían a reconocer que Asia es tan diversa. Para los más informados, sucumbir a este debate y tomarse en serio que estos “valores” constituyen un sistema coherente sería irresponsable.

Cuando en los años setenta se abrió por primera vez en Singapur el debate en torno a los “valores asiáticos”, recogido en un libro de Ho, los valores se opusieron al concepto de modernidad. Ahora que la información viaja a tanta velocidad que el conocimiento caduca casi antes de aparecer, el mismo concepto de modernidad ha quedado desfasado. Por lo tanto, puede que la modernidad ya no sirva como contrapunto en el debate sobre los valores asiáticos. En Hong Kong, Japón e incluso en algunas zonas de China, como Shanghai, la sociedad está cambiando y volviéndose

“post-moderna”. Para algunos los valores asiáticos permitirían contrarrestar estos cambios, pero sólo para los ultraconservadores y los mayores, pues los jóvenes se mantendrían al margen. Los “valores asiáticos” servirían para resistirse, no a la

modernidad, sino al dominio occidental y, por lo tanto, a los valores occidentales. No obstante, esta utilización del concepto tampoco lleva a ninguna parte. ¿Qué son los valores occidentales sino modernos, liberales y democráticos?

En cierto sentido, es importante que los occidentales aclaren qué son los valores occidentales. ¿Los valores franceses son los mismos que los griegos? Para los habitantes de Europa se trata de una pregunta tonta. Los asiáticos también deben insistir en lo absurdo que es hablar de valores asiáticos, pues obliga a aceptar, por ejemplo, que las culturas coreana y filipina se parecen y son coherentes. En el siglo XXI hay muchas razones por las que los pueblos asiáticos deberían esforzarse por comprenderse unos a otros y,

“ No cabe duda de que para muchos asiáticos, sobre todo para las generaciones más jóvenes, las culturas con las que están más familiarizadas son la propia de su país y la norteamericana. Seguramente, muchos conocerán mejor los valores propugnados en Hollywood que los valores apreciados en sus países vecinos de Asia ”

“ El multiculturalismo debería permitir que las culturas fueran diferentes y que no se subsumieran en categorías hegemónicas más amplias y arraigadas. De lo contrario, el cambio se verá como algo anormal y se impondrá el conservadurismo ”

mediante esa comprensión, determinar qué valores comparten y en cuáles difieren. El multiculturalismo debería permitir que las culturas fueran diferentes y que no se subsumieran en categorías hegemónicas más amplias y arraigadas. De lo contrario, el cambio se verá como algo anormal y se impondrá el conservadurismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAUER, J. y BELL, D. A. (eds), *The East Asian Challenge for Human Rights*, Cambridge University Press, 1999

CAUQUELIN, J. LIM, P. y MAYER-KÖNIG, B. (eds), *Asian Values: Encounter with Diversity*, Richmond: Curzon Press 1998

CHEA-MEOW, S. (ed), *Asian Values & Modernization*, Singapore University Press, 1977

DE BARY, Wm. T., *Asian Values and Human Rights: A Confucian Communitarian Perspective*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1998

JACOBSEN, M. y BRUNN, O. (eds) *Human Rights and Asian Values*, Richmond: Curzon Press, 2000